

Y en toda la emoción de este Viernes, el Cachorro, que se asfixia en el aire de Triana, tan de verdad que esa misma mirada de muerte la hemos visto en la agonía verdadera de los hombres.

¡Cuántas madres en la expresión apenada de la Madre del Patrocinio!

¿Qué le falta al Cachorro para morir? ¿Por qué esa interminable lucha final?

El Cachorro vive, no muere en  
Triana; se aviva en la brisa del  
Charco la Pava con la gente suya  
que eleva plegarias, si con los  
silencios, si con las palabras. Ya  
en calle Castilla, rumorosa y larga,  
no encuentra horizontes y la luz le  
falta cuando duele el aire tibio de  
Triana. Sevilla es la puerta  
solemne y lejana. ¡Ay, qué espesa  
sangre de la frente mana! ¡Qué  
borroso y bruno perfil de Giralda!  
Florece los clavos en las manos  
blancas mientras que se agita la  
voz que se apaga. Murieron los  
gritos en siete palabras y ya  
quiere Cristo cerrar este drama.

Un último aliento, un sello de lanzas y Sevilla que es la negra mortaja.  
¡Qué silencio en Sierpes junto a la Campana! ¡Qué reloj de angustias al  
cruzar la Plaza! ¡Qué temblor en Génova!